

Reseñas bibliográficas

ABELARDO OQUENDO: LA CRÍTICA LITERARIA COMO CREACIÓN (2020)

Alejandro Sustí (Ed.). Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.

doi: <https://doi.org/10.26439/en.lineas.generales2021.n5.5423>

Paulo César Peña

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Los críticos son los que crean los discursos interpretativos acerca de un autor, un libro. Dichos discursos devienen en esas visiones dominantes o en conflicto sobre la producción literaria local y contemporánea, principalmente. Según la lucidez del crítico, una de estas visiones puede mantenerse sólida; es decir, puede volverse hegemónica, por muchos años, en el pensamiento de la mayoría de agentes que constituyen el sistema literario. La producción crítica, sin duda menos popular que la que ejecutan los creadores (sean poetas, narradores o ensayistas, y más), ha permitido la posterior composición de un corpus de lecturas que, con ciertos cambios de perspectiva, según ha transcurrido el tiempo, termina por moldear aquello que se conoce como el canon literario de un país. En ese sentido, la labor de los críticos no se limita a juzgar los aspectos estéticos de las obras, sino a tejer una red escrita de referencias sobre su presente, la cual, aunque marcada por sus propias circunstancias individuales, les será especialmente útil a los investigadores y a los curiosos del futuro.

En el caso del Perú, la situación de la crítica literaria ha sido, con sus matices y bemoles, no muy distinta de la que se presenta en el resto del mundo occidental. Ha habido voces que por algunos periodos aparecen en determinados espacios —sea un diario, una revista— y cuyas intervenciones públicas establecen el marco discursivo

básico a partir del cual se habrá de observar y apreciar una obra o un autor en particular por un cierto tiempo. Desde la segunda mitad del siglo xx (aunque en años anteriores ya habían surgido figuras como las de José Carlos Mariátegui, Luis Alberto Sánchez o Estuardo Núñez), se consolida una crítica literaria cuya labor se ampara cada vez más en un armazón teórico concebido alrededor de la literatura, y no en la mera sensibilidad o en los caprichos personales. Entre las voces más representativas de esta forma de crítica objetiva en el sistema literario peruano está la de Abelardo Oquendo (Callao, 1930 - Lima, 2018).

Oquendo, a quien se le puede situar dentro de la denominada generación del cincuenta, formó parte de los comités editoriales de diferentes publicaciones periódicas a lo largo de su vida. Entre estas publicaciones, por nombrar algunas, se encuentran la revista *Literatura*, en la que participó con otros jóvenes escritores como Luis Loayza y Mario Vargas Llosa; los diarios *El Comercio*, *Expreso* y *La Crónica*; así como también las revistas *Amaru*, en la que asistió al poeta Emilio Adolfo Westphalen, y *Hueso Húmero*, la cual fundó y dirigió junto con el poeta Mirko Lauer. Asimismo, también con Lauer como socio, se dedicó a la labor editorial por medio del sello Mosca Azul. Bajo esta editorial se publicaron, desde fines de los setenta y entrado el siglo xxi, libros de literatura, pero sobre todo de ciencias sociales. Este brevísimo perfil, que recoge lo más conocido de Oquendo, deja en evidencia parte de su relevancia en cuanto promotor de la producción literaria.

Se dice que deja en evidencia una parte, porque hay otra que con el paso de los años ha comenzado a ser cada vez más inaccesible no solo para los auditorios de aficionados, sino también para los propios especialistas. Se trata de su producción escrita (reseñas, columnas, artículos, ensayos), no solo la que apareció en diarios y revistas, sino también los trabajos dedicados a diferentes autores peruanos (Javier Sologuren, Julio Ramón Ribeyro, José María Arguedas, entre otros) y que en muchos casos fueron estudios preliminares que acompañaron a la obra de turno. Esta progresiva ausencia ante los lectores se debe a que Oquendo nunca preparó ni dejó listo un volumen que reuniera esta parte de su actividad intelectual. Por otro lado, muchos de esos textos, que escribió por más de cincuenta años, no llevaron su firma, por lo que ya no es posible rastrearlos. Los que publicó con su nombre solo se pueden leer, en la actualidad, si se poseen los ejemplares correspondientes o si se cuenta con acceso a una hemeroteca debidamente nutrida.

Con el fin de cubrir este vacío, el investigador Alejandro Susti ha estado a cargo de la edición de un volumen que reúne la producción escrita de Oquendo, así como las pocas entrevistas que el crítico ofreció a los medios. Con el título de *Abelardo Oquendo: la crítica literaria como creación* (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2020), Susti ha recopilado una treintena de textos, cinco entrevistas, así como un pequeño dossier fotográfico. También ha incluido cuatro testimonios sobre Oquendo elaborados

por Mario Vargas Llosa, Mirko Lauer, Alonso Cueto y Peter Elmore. En la nota preliminar, Susti presenta los resultados iniciales de sus pesquisas en el archivo que conserva la familia de Oquendo. Estas observaciones se relacionan con los ejes temáticos (literatura peruana, literatura latinoamericana y española, textos varios) en los que se ordena el conjunto. La última sección acoge, incluso, esos textos de Oquendo que no presentan mayores pistas sobre su fecha de publicación.

La muestra cumple con su cometido, puesto que permite conocer a Abelardo Oquendo mucho más allá de su papel como uno de los amigos más cercanos que tuvo Mario Vargas Llosa durante sus años de formación como escritor en Lima. Si se revisan las entrevistas, se advertirá que algunas de las preguntas frecuentes que se le formularon a Oquendo giraban en torno a este periodo acontecido durante unos cuantos años de la década de los cincuenta. Por el contrario, este volumen rescata del olvido las credenciales —sus textos— por las que diferentes generaciones lo consideraron como uno de los críticos más respetables del circuito literario peruano. Es así como se (re)descubre, usando las palabras de la semblanza que escribió Vargas Llosa sobre el crítico, a ese “maestro secreto que se fue” (p. 20).

Sin duda, este volumen hace emerger, a los ojos del presente, más de una faceta de Oquendo que merecería recibir mayor atención por parte de los investigadores: desde sus abordajes a diferentes autores peruanos hasta sus impresiones sobre la escritura literaria en prosa, pasando por sus reflexiones sobre la propia práctica de la crítica literaria. Para Oquendo, de hecho, el crítico, cuando escribe, antes que demostrar su sapiencia, no debe ignorar a sus lectores:

Yo conozco muchas escuelas —afirma mientras enciende un cigarrillo—, pero no aplico un solo método, eso va a depender de la obra que esté trabajando. Yo siempre busco las vías de acceso al público, pero prefiero esconder la “cocina”, esconder el laboratorio: sacas tus tubos de ensayo, sacas tus pinzas, tus instrumentos de medición, lo que ofreces al lector es resultado de todo eso, frente a quien se permite exhibir el aparato con que ha trabajado, aunque a veces se haga necesario para probar aquello que se quiere demostrar. (p. 275)

En ese sentido, el crítico resulta alguien útil, pues, tomando otra vez las palabras de Oquendo, así consigue “hablar de aquello que le parece bueno o contra lo que tiene notoriedad inmerecida” (p. 285). Estas dos observaciones ya hacen posible reconocer el tipo de textos que Oquendo escribió, así como su valor, y que el trabajo de Susti vuelve a poner en circulación, esta vez para los lectores del siglo XXI.